

## Capítulo 10: La infiltración

El pasadizo era húmedo, oscuro y angosto. Un lugar asfixiante en el que, sin duda, no querrían pasarse horas atrapados. Por eso Sand esperaba que sus heraldos trajeran noticias muy pronto.

– ¿Cómo sabías que había un pasadizo secreto? –preguntó Pierre.

Sand ya tenía preparada la respuesta.

– Una vez, presté dinero a uno de los guardias reales, y el tío lo perdió todo jugando a los dados. Le dije que, si no podía pagarme con dinero, estaba dispuesto a aceptar cierta información de utilidad.

– ¿Y de qué le sirve esta información a un usurero? –prosiguió con inocente curiosidad.

– Pierre, esta información se vende a precio de oro. ¿Acaso no ves lo que estamos haciendo? Infiltrarnos en la Fortaleza Flotante sin esfuerzo y sin ser visto.

– Yo no diría que no me estoy esforzando. Tengo las piernas agarrotadas y la dichosa nuca me...

– Shhhh –dijo Ranjit, uno de los suná del grupo–. Oigo pasos.

Alguien abrió la trampilla de la habitación y todos contuvieron la respiración. Era Boris. Exhalaban un suspiro colectivo.

– El primer grupo ha ido hacia la torre sur, y el segundo hacia los almacenes.

– Muy bien –celebró Sand–. Eso despistará a los guardias. Seguidme.

Se irguió a medias para recorrer el trecho del túnel que lo separaba de la trampilla y subir a la estancia. Los demás hicieron igual, y descubrieron con la boca abierta la ostentosa habitación.

– ¿Quién...? ¿Quién vive aquí? –preguntó Pierre, estupefacto.

– ¿Podemos robar? –se interesó Ranjit mientras escudriñaba cada objeto, cada tela, cada resquicio ocupado.

Sand negó con la cabeza pero se rio, pues la situación tenía su gracia. Un rufián de Suna pidiendo permiso al mismísimo Akun Val'Dore, que debía haber subido al trono de Mohad, si podía robar en su palacio. Salieron de la opulenta habitación de invitados y recorrieron en silencio el largo pasillo que los llevaba a las escaleras. Sand se percató de que, con la moqueta granate, era muy fácil caminar sin hacer ruido. En ese momento se alegraba, pero podía haber sido muy distinto. Pierre miraba a ambos lados embobado y Ranjit parecía desconfiar de las miradas que le echaban los rostros pintados en los retratos que colgaban de los muros.

Al fin aparecieron las escaleras y Sand les hizo una señal para que estuvieran preparados. No había guardias en el piso, posiblemente habrían ido a prestar apoyo a la zona sur. O quizá estuvieran jugando a los dados. O durmiendo. Bajaron despacio. Un piso. Dos pisos. Tres pisos. Y entonces se oyeron las voces de dos guardias.

– Seis y... Dos... ¡Mierda!

– ¡Ja! ¡Tú pagas!

Algunos oyeron un levisimo silbido. Un diminuto dardo empapado en lágrimas de cascabel surcó el pasillo hasta clavarse en el cuello de uno de ellos.

– Buen tiro, Boris –felicitó Sand con un susurro–. Y salió corriendo como un rayo.

– Gracias –hasta él parecía sorprendido, y por eso tardó en reaccionar cuando los demás pasaron corriendo a su lado.

Sand vio cómo caía el soldado, inerte, sobre la limpia moqueta, y se fijo en el rostro atónito del otro, que lo miraba con los ojos a punto de salirse de las cuencas. No tuvo tiempo de reaccionar, no el suficiente, pues su espada se quedó a medio enfundar. Sand le aprisionaba el cuello con un brazo y un cuchillo que había afilado para la ocasión.

– No me mates... Por favor.

– Eso depende de ti –le susurró al oído–. Suelta la espada –se desabrochó el cinturón y lo dejó caer con su sable enfundado–. No hagas ningún ruido. ¿Hay gente en las mazmorras?

– ¿Las mazmorras? Sí... Hoy era el turno de... Hugo... Creo –balbuceó.

– Pues vamos, camina.

El guardia era de lo más obediente, y estaba tan asustado que los saqueadores se reían con solo mirarle. Bajaron otros dos pisos sin incidentes, recorrieron un pasillo ya sin moqueta granate, pues el suelo era de piedra. Estaba más oscuro, pues apenas ardían lámparas. Eso era bueno. Al final del austero y rocoso camino había una puerta doble roja y arqueada, además de un guardia.

Hugo. Roncaba plácidamente en su silla plegable, dadfasdfasf en una posición que parecía increíblemente incómoda, con las llaves colgadas del cinturón desabrochado. Que mal habían acostumbrado sus padres a esos guardias. Sand sintió cómo le hervían las venas, pero en ese momento le convenía totalmente.

– Vosotros tres esperadme aquí –dijo–. Ponedle un cuchillo al dormido.

Terminó de quitarle el cinturón al guardia, y éste pareció alegrarse en su sueño profundo, emitiendo unos ronquidos más intensos de repente. Soltó el amasijo de llaves y abrió la puerta que, y esto ya fue el colmo, estaba sin pestillo.

Y entonces Sand se adentró en la oscuridad y fue pasando por las arcadas que sostenían la Fortaleza Flotante entera. Apenas había lámparas en las cavidades. Oía sus propios pasos, cada vez más rápidos. Podría estar a punto de volver a ver a Rose. Su corazón latía frenético y la cabeza le daba mil vueltas a lo que podría decir si de verdad se encontraba con ella.

Llegó hasta el fondo de aquella mazmorra. Se acercó a los barrotes. Había una figura arrebuja en un rincón de la celda, cubriéndose hasta el rostro con una raída manta gris. Solo podía ver el pelo, y era negro.

– ¿Rose? –entonces la figura se destapó lentamente, y unos ojos azul turquesa se clavaron en los suyos, devolviéndole la vida–. ¡Rose! Estás... Estás...

– ¡Akun! –de pronto su rostro se iluminó también–. ¡Estás vivo! –se abalanzó sobre los barrotes y agarró sus manos–. Creía que no volvería a verte nunca... Creía que... Creía...

– Da igual, Rose, da igual. Lo importante es que estoy aquí. Y que estamos juntos. Y que te quiero.

– Yo también te quiero, Akun. Fue Redal. Sus hombros me apresaron justo antes de...

– Lo sé, Rose. Pero ahora no hay tiempo para hablar de eso. Tenemos que irnos –informó, nervioso, mientras probaba las distintas llaves en la cerradura.

– ¿Akun? –dijo una voz tras él.

A Sand se le erizó todo el vello del cuerpo. Había alguien más ahí abajo. ¿Lo habían cogido en flagrante delito? No quería darse la vuelta. Quería seguir en ese sueño en el que encontraba a su amada y la sacaba de allí para volver a estar junto a ella todos los días. Además, la llave acababa de girar más de lo que habían girado las anteriores. Y Rose empujó los fríos barrotes, que chirriaron de una manera extrañamente agradable. Pues tras aquel chirrido pudo fundirse en un abrazo con su prometida.

Estaba escuálida como un cadáver, pálida como la luna. Olía peor que los escarabajos en sus últimos días de travesía. Y aun y todo, aquel fue el mejor abrazo que le habían dado nunca.

– ¿Akun? –otra vez esa voz venía a interrumpirle, una voz conocida.

– Es Santoro –le sopló en un murmullo–. También lo apresaron. Vamos a sacarlo.

Ambos salieron de allí y recorrieron el pasillo mirando a ambos lados para ver donde estaba la celda del Mariscal Santoro.

– No. No puede ser. Me estoy volviendo loco –decía la voz.

Ahí estaba. Acuciillado con las manos en la cabeza, removiéndose el poco pelo que había ahí y estrujándose el cerebro. Con la misma bata de preso que llevaba Rose, pero su manta yacía arrugada en otro rincón de la celda.

– Mariscal –dijo Sand–, me alegra verle sano y salvo –y sonrió mientras probaba las llaves.

– ¡Majestad! ¡Por los caídos, estáis vivo! ¡Qué alegría tan grande!

La puerta se abrió. Sand guio a los presos a través del largo único camino de vuelta. Salieron de allí y se encontraron con los escarabajos, que mantenían vigilada la entrada. Hugo seguía roncando, y el otro guardia con la misma cara de espanto.

– ¿Los matamos? –sugirió Ranjit con total indiferencia.

– Majestad, ¿qué hace un suná...

– No hay tiempo para explicaciones –cortó Sand–. Vámonos.

Arreó un fuerte puñetazo en la cara al guardia que tenía controlado Ranjit. El tipo se giró, añadiendo la sorpresa a su mueca aterrorizada. Entonces fue Ranjit el que le arreó un cabezazo que lo tumbó, provocando un pequeño escándalo al chocar la armadura metálica con el suelo de piedra. Eso hizo que Hugo se despertara.

– ¿Qué demonios...?

Entonces fue el turno de Rose, que le asestó una rápida patada en la cabeza. Su cráneo se disparó contra la puerta de madera y volvió a quedarse seco.

– Ya no ronca –observó Pierre, siempre tan suspicaz.

Deshicieron el recorrido sin encontrar obstáculo. Las maniobras de distracción habían funcionado a la perfección, aunque Sand sabía que había enviado a sus fieles compañeros a una muerte segura.

Llegaron a la habitación de invitados en tropel, haciendo más ruido del aconsejable. Seguía sin haber nadie, cosa que tranquilizó a todo el mundo. Ya estaban muy cerca de lograrlo. Pierre abrió la trampilla. Empezaron a bajar. Primero fue el más anciano, el Mariscal Santoro, que parecía más perdido que una morsa en el bosque. A continuación fue Ranjit. Impulsado por una súbita sensación de peligro, Akun incitó a Rose a que se metiera ya.

Justo en ese momento, se oyeron unos pasos suaves y quedos sobre la moqueta. Todos quedaron inmóviles, aguantando la respiración. Entonces, el pomo de la puerta bajó. Los goznes emitieron una suave queja. Y Marie apareció. Sola.

– ¡Traidora! –escupió Rose movida por una furia repentina–. ¡Asquerosa traidora! ¿Cómo pudisteis? ¿Cuánto tiempo ibas a dejar que me pudriera en las mazmorras, harpía ingrata?

No hubo tiempo para cruzar insultos, pues Marie dio un portazo y empezó a gritar por el pasillo “¡Aquí! ¡Aquí! ¡Los intrusos! ¡Se escapan!”.

– ¡No hay tiempo que perder, vamos! –instó Sand.

Todos se metieron por la trampilla y avanzaron apresuradamente por el pasadizo. Con suerte, Redal no lo conocería aún. Sin ella, cruzó los dedos para haberse alejado lo suficiente una vez los guardias iniciaran la persecución.

Sand cerraba el grupo e iba pensando en los diez hombres que había sacrificado por salvar a Rose. Diez bandidos y ladrones, intentaba convencerse. Pero eran hombres y mujeres con los que había compartido comidas, con los que había dormido sobre la misma arena, bajo las mismas estrellas. Gente con la que había reído todas las noches. De Mohad. Incluso de Suna. Pero, al fin y al cabo, su gente. Sintió un picor en los ojos y trató desesperadamente de pensar en otra cosa. Tenía a Pierre delante, que iba canturreando una melodía como si no le preocupara la situación.

– Sand –dijo de pronto, girando la cabeza–, ese anciano que has sacado está loco, ¿verdad? –hizo una pausa–. Te ha llamado “Majestad”.